

ANGELA, *mal intencionada*.—No será la primera vez que se queda con una flor mía.

MARCELO.—En efecto...

ANGELA.—Sí; reincide usted... Recuerdo que en una noche en que me negaba a darle una flor como ésta. *Usted... sí, usted... indignado, furibundo!*—al despedirse de mí para siempre—no porque usted lo quisiera, sino porque lo deseaba yo—me la arrebató, sonriendo esa misma sonrisa de mármol con que disfraza la aspereza de su alma impulsiva.

MARCELO.—Ah! sí, y usted, impasible, sin una sola protesta, me vió colocarla en el ojal. Y juzgándola quizá una herida sobre mi pecho, viene esta noche tras la sangre de aquella herida.

ANGELA.—Pues vea usted lo que son las cosas, francamente, no recordaba este último detalle.

Se sienta.

MARCELO, *en pie al lado de Angela*.—A la verdad, no tiene usted una memoria muy feliz.

ANGELA, *enérgica*.—Y bien, supongamos que sí me acordara; quien ha abierto una herida no está en el deber de aliviarla?

MARCELO, *fingiendo indiferencia*.—Bah! es ya tarde. Hace tanto tiempo que está cicatrizada esa herida!

ANGELA, *con intención*.—¿Está usted convencido?

MARCELO.—Convengamos en que la herida sigue abierta.

ANGELA.—Pues nada, que teme usted que so pretexto de aliviarla, la ahonde más.

MARCELO.—¿Pero se figura usted que le tengo miedo?

ANGELA, *resuelta*.—Sí!

¿Por qué huye de mí?

MARCELO, *sentándose frente a ella, sereno*.—No, Angela, no; escúcheme: no le huyo; no le tengo miedo; porque lo que poseo de usted, de su ser íntimo, no me lo puede arrebatarse nadie.

...Si yo le dijera que no necesito que usted me ame para amarla. Hay más: yo la amo y no quiero que usted me ame. Es preferible dar, sin recibir nada en pago, que transar a tanto por tanto.

Angela: mañana alguien podrá llevársela a usted: podrá llevárselo todo, menos lo que tengo ahora yo!

ANGELA.—¡Qué aplomo!

MARCELO.—Y oiga una opinión que puede serle útil: cácese con don Ernesto. Sí; cácese con él. Estoy seguro de que usted llegará a amarle. Algunas mujeres tienen predilección por los hombres así... por esos que se les entregan enteramente, en tanto que los hombres superiores, viven solos, no les dan más que una parcela de su propia vida, porque viven más para sí mismos y para la humanidad...

...Y vuelvo a repetirle que lo suyo que hay en mí, no podrá arrebatármelo nadie.

ANGELA, *impaciente*.—Y cuándo, y cómo y con qué derecho se adueñó usted de algo mío?

MARCELO, *tranquilamente firme*.—Nunca y siempre. Nunca, porque en realidad nada le he quitado. Siempre, porque siempre la he llevado en mí; y como sé defender lo que guardo, de aquí no ha de salir jamás!

Señalando el corazón.

ANGELA, *sarcástica*.—¿Jamás? No sea usted ingrato! ¡Alguna vez me lo devolverá; quién sabe; cuando obedezca su consejo... Cuando me case...

MARCELO.—Hace usted bien en mofarse de mí. No debemos comprometer al tiempo: el corazón es casa que cambia de inquilinos...

Telón rápido.



SEGUNDO ACTO

Soaré en los salones de don Ernesto Obregón, casado hace poco más de un año con Angela.

En primer término, un gabinete graciosamente elegante, con juego de muebles Luis XV, cuadros de estilo Watteau, y bibelots.

Contiguo al gabinete, un saloncito de ancha entrada, visible en parte.

La amplia arcada del gabinete, deja ver un hermoso salón que cierra el fondo.

Véanse cruzar por el gabinete algunas parejas que cuchicheando y sonriendo se pierden. Atrás van Graciela y Roberto, quienes con aire jovial se sientan en el sofá, solos, en tanto que las otras parejas, en pie o sentadas, forman corros en el salón, de donde paulatinamente van y vienen a la galería contigua, que apenas se adivina en la izquierda.

La perspectiva es espléndida y hay luz en abundancia que derraman las arañas eléctricas.

ESCENA I

ROBERTO y GRACIELA

GRACIELA, *continuando una conversación empezada*.—...¡Qué divertido es usted!...

Coqueta, muy coqueta.